

— Claudio, te lo pido por todos los dioses de Roma; no te unas con Agripina. Húyela, húyela.

— Narciso, no maltrates así á la hija de mi hermano, á la engendradora en los campamentos para imperar sobre nuestra ciudad, á la nacida en las orillas del Rhin enemigo como un trofeo de triunfo, á la biznieta de Augusto...

— Y añade, Claudio, á la madre de Nerón.

— ¿Por qué no á la madre de Nerón? ¿Por qué no, por qué, Narciso?

— Porque tal infante será el cuchillo de tu cuello. Para engrandecerlo y auparlo y subirlo al trono de los césares, Agripina rodará de seguro hasta los abismos del crimen más insondables y más horribles. El muchacho se parece á un aguilucho, á un viborino, á un cachorro, á cualquier bruto feroz en los comienzos de su vida, menos á un hombre. Los ojos fulminan cóleras. Los labios despiden hálitos de muerte. La nariz semeja un hocico de hiena. En las arrugas de su frente se leen ya los más terribles augurios. Frunce las cejas como un genio del mal. Ama las Bellas Artes para prostituirlas á sus antojos como mancebas. La sensualidad le impele á una cohabitación inmunda con todos los seres, hasta con los inferiores, en ayuntamientos bestiales. Parece, cuando se ven sus actitudes y su aire, una estatua ó simulacro de dios; cuando se ven sus costumbres, un monstruo de bestialidad. Tiene aullidos de lobo, rechinamientos de dientes á lo león, graznidos de buitres. Preserva de un semejante competidor á tu hijo, y á tu Imperio de un semejante heredero. Te lo dice quien te debe gratitud eterna, que te paga comprometiendo mil veces la vida en tu servicio. No hubiese jamás abusado Mesalina de tu bondad, si no hubiera yo temido á la que podrá sucederla en tu amor y en tu casa. Ya sabes cuánto empeño pusiera yo en que la proterva sufriese la condigna pena que merecían sus conspiraciones y sus adulterios. Pues la creo buena y virtuosa en comparación de Agripina, temible, no solamente por sus propios vicios, por el feroz leoncillo que á su lado lleva como ceñido y atado. Ya me recelaba yo, y me lo temía desde los comienzos de toda esta horrorosa tragedia. Tras el suplicio de Mesalina descubrí siempre una faz siniestra, ó sea la faz de esa furia con quien deseas reemplazarla. Vuelve, Claudio, en ti. No desvaríes.

Oye los consejos y advertencias de quien te quiere más que á sí mismo, según te probara tantas veces en el decurso de nuestra tormentosa vida. En Elia encontrarías el amor, en Solia la riqueza; pero no encontrarás en Agripina otro efecto más que la triste ambición en sus entrañas, dispuestas por completo á inmolarte con el agudo filo de sus desapoderados antojos. Y su hijo, su Nerón, créeme á mí, habrá de penetrar en la familia de tus hijos como lobo hambriento en el redil de los tiernecillos corderos.

— ¿Cuál astrólogo te ha comunicado, Narciso, augurios semejantes?

— Yo, Claudio, no he necesitado consultar agoreros ni leer presagios.

— Pues ¿de dónde te sacas todos esos nefastos augurios?

— De mi estudio, de mi observación, de mi experiencia, del cariño que tengo á tu persona, del odio que allá en mi corazón promueven todos cuantos conspiran contra ti, del conocimiento allegado en mi largo consorcio con los cortesanos, de los abismos que bajo la corte se ocultan; de mi corazón, á quien debes creer, pues mil veces te ha visto en rumbos análogos zozobrar y mil veces te ha salvado con horribles riesgos...

— Vaya, Narciso, no hay motivo á tamaños aspavientos. Continuando así vas á reventar. Ya sabes que á la postre se hará lo por vosotros ordenado. La gente dice que yo tengo por voluntad personal y propia la exclusiva de mis libertos.

— ¡Pluguiese á los dioses que siempre hubieras escuchado á tu fiel Narciso, y no te amenazarían tantas adversidades!

— No tengo recibidos tan sólo de ti beneficios; débolos á Calixto, débolos á Palas, débolos á otros muchos entre mis obligados ó clientes, y no me parece bien olvidarlos, porque se revolverán contra mí cual te revolverías tú en idéntico caso.

— Pero no los oigas á ellos, siempre atentos á sus intereses; óyeme á mí, siempre adscrito á tu servicio. La cadena de siervo, que tú has roto sobre mi cerviz, hela reforzado yo y ceñídola por completo á mi alma. Soy tu esclavo todavía, y puedes disponer, como siempre, de mi vida, consagrada completamente á ti, por lo cual debes oír con atención reconcentradísima todos mis consejos.

— Pero, Narciso, ya sabes la razón fundadísima con que dicen

mis críticos cómo la voluntad me falta por completo hasta en las cimas donde se impone á uno la necesidad ineluctable á cada momento de emplearla y ejercerla. Ya sabes que no he podido ni escoger ninguna vía segura ni aprender tampoco á tomar con arresto resoluciones verdaderas y decisivas. Mi corazón oscila en todo al compás del vuestro, mi albedrío parece vuestro albedrío.

- Pues cástate con Elia como quiero yo.
- ¿Y los otros? ¿Qué dirán los otros?
- ¿Cuáles?
- Calixto y Palas.
- No les hagas caso.
- ¿Cómo que no les haga caso?
- No, y no.
- ¡Valiente consejo das para seguido por otro!
- Sacude aprensiones y procede con valentía.
- ¡Valen... tía... valentía dijiste!
- Como cumple á un César.
- Que al fin y á la postre, no siguiendo á los otros, tampoco llegaría en tal caso á seguirse á sí mismo; llegaría tan sólo á seguirte á ti.

— Vamos, ten ánimo.

— ¿Ánimo? Yo tuve miedo á todo siempre. Por huir, hasta llegué á huir del Imperio. Si no me sacan del rollo de alfombras en que había metido mi cuerpo, ¿cuándo llego á César? Acuérdate cómo tuve que postrarme de hinojos, ante aquel pretoriano que me cogió con los puños y me levantó al trono. Yo fui dueño del mundo por quererlo así los que mayor miedo metían en mi ánimo: los milites. Ante ti yo estoy desnudo de cuerpo y espíritu, mucho más aún que delante de mis propios ojos y de mi propia conciencia. Tú me ves todo, cual no puedo yo verme. La noche que adquirí la púrpura, no parecía un monarca sobre súbditos, parecía un prisionero entre soldados. Como que daba diente con diente de frío en el cuerpo y de terror en el espíritu. Yo ni de vosotros me fio. A la puerta de mi alcoba, de mi comedor, de mi retrete, de la biblioteca donde ahora me ves, de cada particular aposento mío pongo una guardia. Así, hanme servido siempre á la mesa los soldados en vez de los siervos. Antes entraría yo en el orco profundo que en la casa ó vi-

sita de cualquier amigo sin cerciorarme antes de si existían allí ó no armas vedadas. No encontrarás ni una caja de plumas ó de punzones sobre las mesas, ni aun para los ejercicios en mi biblioteca, pues genios malos podrían sugerir á cualquier escribientillo el emplearlos contra mí... ¿Tú has visto que ninguno entre de los romanos en mi palacio si antes no lo registro? Cada cual tiene su temperamento: déjame, pues, á mí con el mío.

— No; quiero contrariarlo en todo cuanto á ti mismo te daña. No tengas miedo á nadie ni á nada, mientras Narciso viva, que interpondrá su pecho entre tu cuerpo y tus enemigos. No te dejes arrastrar del terror; pues si te dejas arrastrar, tendrás que casarte con la más temible y aterradora entre todas las tenaces aspirantes á tu mano, con Agripina.

— Mira, te lo fio: tengo algún miedo á mi sobrina; pero lo tengo mayor á Calixto y á Palas. Así, no puedo resolverme á lo que tú desees en este asunto sin decírselo á ellos.

- ¿De veras que piensas nuevamente consultarlos?
- De veras.
- Mala señal.
- ¿Por qué?
- Porque habré perdido la partida.
- No lo creas aún.
- ¡Vaya si lo creo!
- ¿Qué dirían y sobre todo qué harían Palas y Calixto, si decidiese yo cualquier cosa de súbito sin consultarlos con anticipación?
- Pues tus escrúpulos me sugieren una bien triste convicción: la de que no harás lo por mí pedido cuando no lo haces ahora en mi presencia y bajo la fascinación de mi deseo.
- Déjame consultarlos.
- Consúltalos.
- Ya sabes cuánto me placen y gustan las colectividades, el Tribunal, el Senado, la corte, la cohorte, todo aquello en que hay mucho golpe de gente.
- Pues colocado en cimas á las cuales tanto les cuadra y conviene la soledad absoluta, bien podrías inspirarte únicamente allá en tu conciencia, ó en la conciencia de quien te sirve y te quiere y se arroja en guisa de fiel perro á tus pies.

— ¿Tú crees que Palas no me daría una puñalada si le desairase así de rondón?

— No se atrevería.

— ¿Por qué no?

— Porque no le creo suicida. En cuanto concluyas tú, él concluye.

— ¿No crees que Calixto me pondría polvos en la sopa, si lo desairara sin preparación alguna? Lo mismo le importa matar un emperador que matar una pulga, en su crueldad: así es él.

— ¿De modo que me desairarás á mí por ser el mejor entre todos tus libertos, incapaz de inferirte daño alguno y pronto siempre á morir en tu servicio y por tu bien?

— No; tú tienes más talento que todos ellos sumados. Comprendes en seguida tú cuánto perderías con perderme, y ellos nunca lo comprenderán. Así, debo proceder con ellos como aconseja la más vulgar prudencia, y contigo como aconseja el más amistoso afecto.

— ¿Para qué tus consultas á mí, Claudio, habiendo de hacer cuanto quieran ellos? Evítame la pena de tal insulto y permíteme retirarme así que vengan.

— De modo alguno. Debo congregarlos ahora mismo. Mi primer impulso fué guarecerme contra tanto desengaño como llevo sufrido en perpetua viudez. Pero reconocida la imposibilidad completa de tal estado, acudan todos á mi consejo, y denme las fuerzas necesarias á resolver mi suerte futura en bien de Roma y de todo el Imperio.

— Hágase tu voluntad. Me quedo.

— ¡Ah de mis guardas!

En cuanto Claudio profiriera tal grito con voz estentórea, los guardas entraron á una con solícita diligencia.

— Mandad un soldado que busque á Calixto y á Palas, diciéndoles cómo deben presentarse aquí ante su César en cuanto se hayan enterado de esta orden mía.

— Hágase tu voluntad — exclamó Narciso, mientras los guardas daban media vuelta y partían solícitos en busca de los libertos, los cuales tardaron mucho en presentarse, como habitantes de aquel palacio tan populoso cual una ciudad.

— Amigos, díjoles Claudio, dando á su entonación el dejo y á

su palabra el corte de verdadero discurso. Os he reunido en consulta de un acto mío futuro, el cual no puede limitarse á la vida corriente; refiérese también á la vida futura, y rebosa en la eternidad. Yo voy á casarme, y no es cosa de tomar tal resolución grave y elegir entre las romanas mi última esposa sin consultarlo con vosotros y escuchar vuestros pareceres. Yo prefiero una compañera que hile á una compañera que gobierne, pues con aquella crecería el hilo de mi ajuar juntamente con el hilo de mi vida, mientras uno y otro se acortarían con mujer imperiosa y gobernante.

— Cualquiera diría que voceas por Elia — exclamó Narciso.

— Malo para mí Solia — dijo Calixto.

— Malo para mí Agripina, debió añadir para su colete Palas.

— Ya sabéis que la mujer entra bajo nuestra mano para obedecernos como una hija; ya sabéis también que á lo mejor nos tratan como no nos trataría una madrastra. Destinadas á siervas ¡ay! se truecan en señoras. Les damos el pan de la confarreación para que se acostumbren á obedecernos, y todavía no lo han digerido cuando ya se han puesto á mandarnos. Yo necesito mirarme y remirarme antes de mis últimas nupcias y por tanto quiero consultaros, y para que vuestra palabra sea sincera y mi tiempo aprovechado, permítoos decir cuanto pueda pedirlos el gusto respecto de cada propuesta. Hablad y decid todo cuanto queráis. Yo suelto vuestras lenguas, soltad vosotros vuestros consejos.

— Elia, Claudio; yo propongo Elia — exclamó Narciso.

— ¿Cómo Elia? — preguntó con extrañeza Calixto.

— Pues ¿no la tenía repudiada? — exclamó, casi al tiempo que Calixto preguntara, el buen Palas.

— Pues ahí veréis. Todo en el universo, todo se renueva, y con especialidad el amor — observó Narciso.

— ¿Y qué hará una mujer así en el palacio de Claudio? — preguntó Palas.

— Pues educar á la hija que tuvo de éste, á su Antonia.

— Y para educar á la educada, y bien, ¿sacrificas el corazón de César? — preguntó Calixto al coliberto.

— ¡Bah! — respondió Narciso, levantando con menosprecio los hombros.

— Pues yo propongo á Solia — dijo Calixto fuera de sí.

— ¿Solía? — preguntaron á una Palas y Narciso.

— Pues Solía — recalcó el proponente.

— ¿La rica?

— La rica.

— ¡Vamos! — dijo Palas con desprecio — ¡vamos! Hay locos de atar.

— ¡Fuera! ¡fuera! — gritó Narciso con vehemencia. — Nada de Solía.

— ¿Y por qué nada de Solía? — preguntó Calixto encarándose con sus dos camaradas.

— ¡No han armado mala zapatiesta! — dijo Claudio riéndose para sus adentros.

— Elia — exclamó Narciso, poniéndose muy serio y muy formal — no causaría novedad en el hogar, como perteneciente á la misma sangre y estirpe de su marido, á quien respeta como á un padre, tras de amarlo como á un esposo. Pura en su repudio un largo transcurso de tiempo, ha enseñado con maestras experiencias las virtudes que atesora su ánimo y los afectos que guarda en el corazón para su esposo. Luego, de la misma sangre que Antonia, que Octavia, que Británico, la prole imperial encontraría en ella una madre, no una madrastra. Decídetes, pues, Claudio, por Elia, quien te daría un amor ya probado y esclarecería con este amor los últimos instantes de tu vida.

— Parece imposible — dijo encarándose con Narciso el protector de Solía, ó sea Calixto — que presentes tal proposición á César. Vuelta Elia, tras larga separación, al hogar nupcial, entraría por sus puertas como so arcos de triunfo, dándose los aires de un general vencedor, hecha de hieles con los hijos de otros amores, mientras Solía, que nunca engendrara ni pariera, llegaría sin preferencias maternas al palacio, extendiendo su providencial protección sobre toda la prole y prosperándola con sus inapreciables riquezas.

— No me hables de Elia — dijo Narciso.

— ¿Por qué no hablarte? — preguntó Calixto.

— Porque una mujer andariega, entre adivinos y agoreros siempre, no puede ir entre césares. Es tan engañadora y embustera que ha dicho le anunciaba la efigie de Apolo Clario su matrimonio con el emperador. Después tendrá cuantas riquezas queráis,

pésimamente allegadas por sus antecesores, una cuadrilla de ladrones; pero acostumbra de antiguo á ponerselas encima, como se prueba con que hace pocos días osó presentarse en unos festejos nupciales cargada con un aderezo de perlas y esmeraldas que valía cuarenta millones de sestercios, un reino todo entero. Tal perdería sobre un cuello, solamente sirve para evocar en todas las memorias los robos de su abuelo, el Caco Solio.

— No insultéis así — replicó Calixto — á una hermana de Volusio, á una biznieta de Cota, los dos tan virtuosos y nobles, á una mujer descendiente de Régulo y de César.

— Vamos — exclamó Palas, — ya no queda más recurso que casarse con Agripina.

— ¿Con Agripina? — preguntó Narciso tan horrorizado, que diríais le cogía semejante proposición de nuevas.

— Con Agripina, una verdadera emperatriz, amaestrada en los ejercicios del Estado y de la Milicia, instruída en creencias divinas y humanas, la predilecta de su padre Germánico, la futura pitonisa del palacio imperial, la madre de Nerón, hermosa, fecunda, joven, rica, inteligente, poderosísima; caudal de privilegios que debe desaguar en este palacio, donde se la espera con sus puertas de par en par, y no en otro alguno, donde podría con sus fuerzas inmensas erigir una familia patricia, rival de Claudio y de los suyos.

— ¿Propones á Agripina? — preguntó fuera de sí, á Palas, Narciso. — ¿Propones á Agripina? ¿Por hermosa dices? ¡Hermosura fatal á su segundo marido, quien perdió, envenenado, la vida para que pudiera engordar la malvada con las copiosas riquezas transmitidas á una viudez así procurada por la violencia y por el crimen. Si Agripina llegase á compartir el tálamo de Claudio, ya podría despedirse por completo éste de regir el Estado y de mandar el ejército. No habría más general, más pontífice, más tribuno, más César, que tal mujer, avara, voluptuosa, embustera, envenenadora, conjunto de todos los crímenes y germen de todos los males. Y no digo nada, por no alargar este alegato, del niño que Palas presenta como un ornamento del palacio imperial. Es un bailarín, un bufón, un titiritero, un flautista, un cómico, un farsante, un quiromanta, un hechicero, todo cuanto de risible queráis, todo menos un personaje capaz de sostener y prosperar el Imperio. Yo dí la orden severa de

matar á Mesalina en representación y nombre del emperador Claudio; pero si adivinara quién debía reemplazarla, viviera Mesalina eternamente. Domicio, su primer marido, estaba jugando al notificarle que Agripina pariera, y de muy buen parto, á Nerón. «Me corre poca prisa verlo, exclamó, ya lo conozco: Agripina y yo solamente podemos engendrar un monstruo.» ¿Qué daño, Palas, te hizo nuestro señor y amo Claudio, para conducirlo maniatado al sacrificio como puede llevarse al matadero una res cualquiera? Agripina representa en el mundo ambición, avaricia, perjurio, mentira, veneno, y vosotros desatáis todas esas serpientes en la cama de Claudio. Conozco las artes empleadas ¡oh César! en persuadirte á tal suicidio; pero los pródigos y beneficiosos dioses romanos, velando por tu guarda, sugiérenme las palabras éstas, expresivas del culto que te profesa mi pecho y del riesgo que corre tu vida.

— Calla, bellaco, calla — le dice Palas con aire amenazador.

— ¡Solia! ¡Solia! — grita Calixto en tono suplicante.

— Visto y oído — les dice Claudio llamando la guardia que lo rodea y yéndose de prisa, porque si continúa el contradictorio juicio los voceros de cada mujer seguramente llegan á las manos.



CAPÍTULO XI

LA NATURALEZA Y EL ARTE DE NERÓN.

Agripina conocía como nadie los resortes necesarios á mover el corazón y el ánimo de Claudio. Naturaleza verdaderamente sensual y epicúrea la naturaleza del emperador, fiaba mucho ella en los atractivos propios para dominar en absoluto sobre los imperiales nervios, por medio de una voluptuosidad, tanto más poderosa cuanto menos instintiva y menos natural de suyo. Después de fiar en este resorte capitalísimo, fiaba la Emperatriz en aquellos elixires de amor que más podían trastornar el seso de Claudio y rendirlo á las plantas regias y someterlo á la voluntad fascinadora de quien, como ella, parte integrante de la casa imperial, se había jurado á sí, con toda meditación, atraerlo hasta un matrimonio de conveniencia política. Proponíase, pues, mostrarle que, al aceptarla Claudio, amén de hallar una mujer en materia de amor sensual tan apetitiva como la que acababa en aquellos días de perder, hallaba en materia de política un compañero, un colega, un coasociado al trono cesáreo, de quien podía prometerse consejo en las resoluciones, ayuda en los esfuerzos, auxilio en los peligros, consuelo en las desgracias, coparticipación perpetua en el trabajo constante que pide una tan magna obra como el gobierno y dirección de toda la Tierra. Meditaba persuadirlo á creer que iba en su nueva esposa fácilmente á encontrar un emperador hecho y